



Valancy Stirling

o

El Castillo Azul



TESOROS DE ÉPOCA



Valancy Stirling

o

El Castillo Azul

LUCY MAUD MONTGOMERY



d'Época
editorial

Título original: *The Blue Castle*

Primera edición en dÉpoca: junio de 2015

Valancy Stirling o El Castillo Azul

© Editorial dÉpoca, 2015

Otura, 4 - 33161 Morcín ASTURIAS

© Traducción: Rosa Sahuquillo Moreno y Susanna González

© Postfacio: Carmen Forján García

© Ilustraciones originales: Almudena Cardeñoso Viña

www.depoca.es

info@depoca.es

Dirección editorial: Susanna González y Bernardo García-Rovés

Coordinación editorial: Eva María González Pardo

ISBN: 978-84-943634-2-9

Depósito Legal: AS 01948-2015

BIC: FC

Impresión y encuadernación: Gráficas Summa

Polígono Industrial Silvota

C/ Peña Salón, 45

33192 Llanera - ASTURIAS

Impreso en España

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los editores, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.



I

Si no hubiera llovido cierta mañana de mayo, toda la vida de Valancy Stirling habría sido completamente distinta. Habría asistido, con el resto de su clan, al picnic de aniversario de su tía Wellington, y el doctor Trent habría partido para Montreal. Pero llovió esa mañana, y conoceréis ahora lo que sucedió a causa de ello.

Valancy se despertó temprano, en ese momento en que las horas sin vida y sin esperanza preceden al amanecer. No había dormido bien. No siempre se consigue dormir bien cuando se cumplen veintinueve años a la mañana siguiente sin estar casada, y en una familia y una comunidad en la que se considera que una muchacha soltera es simplemente una mujer que no ha logrado encontrar esposo, y nada más.

Los Stirling y la ciudad de Deerwood habían condenado desde hacía largo tiempo a Valancy a una soltería sin remisión; pero la propia Valancy no había renunciado aún a una última esperanza humillante y lastimosa de encontrar el amor. Al menos no todavía, hasta esa triste y lluviosa mañana de mayo en que fue consciente de que tenía veintinueve años y jamás había sido deseada por hombre alguno.

¡Ah! *Ahí* radicaba todo el problema. A Valancy no le importaba demasiado ser una solterona. Después de todo, pensaba ella, quedarse soltera no podía ser tan terrible como ser la esposa de un cierto tío Wellington, o un tío Benjamin, o incluso un tío Herbert. Lo más doloroso para ella era no haber tenido nunca la oportunidad de ser otra cosa que una solterona. Que ningún hombre la hubiera pretendido jamás.

Sus ojos se anegaron en lágrimas mientras yacía allí tumbada, sola, en aquella oscuridad ligeramente grisácea. No obstante, dos razones le hicieron contener las lágrimas que pugaban por escaparse de sus ojos. Por un lado temía que aquel

llanto pudiera reavivar el intenso dolor que padecía en el área del corazón. Ya había sufrido un ataque al acostarse; ataque bastante peor de los que había padecido hasta entonces. Y por otra parte, temía que su madre advirtiera sus ojos rojos durante el desayuno y la acosara con minuciosas preguntas, tan persistentes como picaduras de mosquitos.

«Supongamos que, sin rodeos», pensó Valancy con una lánguida sonrisa, «le contesto la pura verdad: “Lloro porque nadie quiere casarse conmigo, madre”. Cuán horrorizada se sentiría, a pesar de su inmutable vergüenza por tener una hija solterona».

No obstante, es seguro que se mantendrían las apariencias, y Valancy escucharía la voz dictatorial de su madre afirmando que «no es adecuado para una joven *soltera* pensar en *los hombres*».

Valancy no pudo contener la risa imaginando la expresión de su madre, pues tenía un sentido del humor que ningún miembro del clan sospechaba. Por lo demás, había un gran número de cualidades en la personalidad de Valancy que nadie suponía. Pero su risa era tan solo aparente, y la joven continuaba allí tendida, con su fútil y pequeña figura acurrucada, escuchando caer la lluvia afuera, y observando con aversión enfermiza cómo la luz fría y despiadada se deslizaba lentamente por su fea y sórdida habitación.

Conocía de memoria la fealdad de su cuarto; la conocía y la detestaba. El suelo pintado de amarillo, con una espantosa alfombra de ganchillo junto a la cama, y un grotesco perro tejido en el centro que siempre le sonreía burlonamente cuando se despertaba. El papel pintado de color rojo oscuro, desvaído; el techo agrietado y descolorido por antiguas humedades; el estrecho palanganero, picudo y minúsculo; el ribete de papel marrón decorado con rosas de color púrpura; el viejo espejo, resquebrajado y manchado, colocado sobre un tocador tambaleante; un tarro lleno de antiguas flores secas confeccionado por su madre durante su mítica luna de miel; una caja cubierta de conchas, con una esquina dañada, elaborada por la prima

Stickles en su igualmente mítica infancia; un acerico perlado que había perdido la mitad de sus abalorios; una única y rígida butaca amarilla; el antiguo y descolorido lema: «Ausente, pero no olvidada», tejido en hilos de colores bordeando el viejo rostro ceñudo de la bisabuela Stirling; y los viejos retratos de antepasados desterrados desde hacía largo tiempo de los cuartos inferiores. Había solo dos retratos que no correspondían a parientes. El primero, una reproducción descolorida de un pequeño perrito sentado en el umbral de una puerta, mojado por la lluvia. La visión de esa imagen entristecía siempre a Valancy. Ese pequeño y triste cachorrito se acurrucaba en el umbral bajo una tempestuosa lluvia. ¿Por qué *nadie* abría la puerta y le dejaba entrar? El otro cuadro era un descolorido grabado paspartú de la reina Luisa* descendiendo una escalera, que la tía Wellington le había regalado esplendorosamente por su décimo cumpleaños. Durante diecinueve largos años había contemplado y odiado a la hermosa, presumida y auto-satisfecha reina Luisa; pero nunca se había atrevido a destruir o retirar el retrato. Su madre y la prima Stickles se habrían quedado estupefactas, o, como Valancy expresaba irreverentemente en sus pensamientos, habrían sufrido un ataque.

Todas las piezas de la casa eran horribles, por supuesto; pero las apariencias, de algún modo, se mantenían en la planta baja. No había dinero para gastar en aquellas habitaciones superiores que nadie visitaba. Valancy se decía algunas veces que tal vez habría podido hacer algún arreglo en su cuarto, incluso sin invertir dinero alguno, si se le hubiera dado permiso; pero su madre se negaba a escuchar la más tímida sugerencia al respecto y Valancy no insistió. Valancy no insistía jamás. Le daba miedo, pues su madre no podía soportar la más mínima oposición. La señora Stirling se mostraba contrariada durante días enteros si se sentía ofendida, con los aires de una duquesa injuriada.

* Luisa de Gran Bretaña (1724-1751) fue princesa de Gran Bretaña e Irlanda y luego reina consorte de Dinamarca y Noruega como esposa de Federico V.

Lo único que a Valancy le gustaba de su habitación era que allí podía llorar sola toda la noche, si ese era su deseo.

Aunque, después de todo, ¿qué importancia podía tener que una habitación que no se utilizaba más que para vestirse y dormir, fuera fea? A Valancy nunca se le había permitido quedarse sola en su cuarto para ningún otro propósito. Aquellos que querían estar solos, según afirmaban la señora Frederick Stirling y la prima Stickles, solo podían pretender tal cosa por algún propósito siniestro. Pero en el Castillo Azul su habitación era todo lo que una habitación debe ser.

Valancy, tan tímida, tan sumisa, tan reprimida y menospreciada en su vida cotidiana, acostumbraba a vivir más bien espléndidamente en sus ensoñaciones, sin que ningún miembro del clan Stirling, o sus ramificaciones, sospecharan tal cosa; y mucho menos su madre o la prima Stickles. Nunca supieron que Valancy tenía dos casas: el feo edificio de ladrillo rojo de Elm Street, y su Castillo Azul en España. Valancy había vivido espiritualmente en el Castillo Azul desde que tenía uso de razón. No era más que una niña cuando tomó posesión de él. Cada vez que cerraba los ojos podía verlo muy nítidamente, con sus torreones y banderas, en lo alto de una montaña de pinos, teñido de un bello y suave azul contra el cielo del crepúsculo de una tierra hermosa y desconocida. Todo cuanto era bello y maravilloso se encontraba en el castillo. Joyas que las reinas hubieran podido lucir; vestidos de luz de luna y fuego; lechos de rosas y oro; largos tramos de lisas escaleras de mármol —a cuyos pies se elevan inmensas urnas blancas— recorridas de arriba abajo por innumerables doncellas esbeltas y diáfanas; pasajes sostenidos por pilares de mármol donde fluían las fuentes relucientes y cantaban los ruiseñores entre los mirtos; galerías de espejos que solo reflejaban a los apuestos caballeros y a las mujeres hermosas. Ella era la más bella de todas, y los caballeros se morían al verla. Todo cuanto la hacía soportar su aburrimiento durante el día, era la esperanza de prolongar sus ensoñaciones durante la noche. Muchos de los Stirling habrían muerto de horror

si conocieran la mitad de las cosas que hacía Valancy en su Castillo Azul.

La joven tuvo algunos enamorados en el castillo. Oh, solo uno cada vez; como aquel que le hizo la corte con todo el ardor romántico de la época del código de caballería, y que finalmente se ganó su corazón tras haber demostrado su devoción e innumerables proezas, desposándose con ella con gran pompa y ceremonia en la inmensa capilla repleta de enormes estandartes del Castillo Azul.

Cuando Valancy cumplió doce años, este amante era un muchacho bello con rizos de oro y ojos azules como el cielo. A los quince era alto, moreno y pálido, pero igualmente apuesto. A los veinte era un asceta soñador y espiritual. A los veinticinco tenía una mandíbula perfectamente delineada, un rostro recio y robusto antes que apuesto, y un aspecto ligeramente sombrío. En su Castillo Azul, Valancy nunca envejecía más allá de los veinticinco años, pero recientemente, muy recientemente, su héroe tenía el cabello leonado con reflejos rojizos, una sonrisa torcida y un pasado misterioso.

No quiero decir que Valancy asesinara deliberadamente a sus enamorados cuando ella les superaba en edad. Simplemente se desvanecían cuando otro aparecía para sustituirles. Las cosas resultaban muy prácticas a este respecto en el Castillo Azul.

Pero en esa mañana del día que cambió su destino, Valancy no pudo encontrar la llave de su castillo. Una realidad la oprimía estrechamente, ladrando en sus talones como un perrito enloquecedor. Tenía veintinueve años, estaba sola, nadie la deseaba y no era demasiado agraciada; la única mujer soltera y poco agraciada —en un clan de personas hermosas— sin pasado ni futuro. Por lo que podía recordar, la vida siempre había resultado monótona y triste, sin la más mínima mancha púrpura o carmesí que le diera un poco de color. Al pensar en su vida futura, presentía que todo permanecería igual hasta que no fuera más que una hoja solitaria aferrada a una marchita rama invernal. Cuando una mujer toma conciencia de que

no tiene motivos para vivir —ni amor, ni deber, ni propósito, ni esperanza— asume para sí misma la amargura de la muerte.

«Y solo me resta seguir viviendo porque no puedo detenerme. Es muy posible que me toque vivir ochenta largos años», pensó Valancy en una suerte de pánico. «Todos en esta familia vivimos una larga vida; me pone realmente enferma solo pensar en ello».

Se alegró de que lloviznara —o más bien se sintió tristemente satisfecha de que lo hiciera—. No habría picnic ese día. Ese picnic anual con el que la tía y el tío Wellington —siempre se pensaba en ellos en este orden— recordaban irremediablemente su compromiso celebrado treinta años antes, había sido en los últimos tiempos una verdadera pesadilla para Valancy. Por una maliciosa coincidencia del destino se celebraba el mismo día de su cumpleaños y, desde su veinticinco aniversario, nadie dejaba de recordárselo.

Por muy detestable que le resultara participar en el picnic, nunca se le había pasado por la cabeza rebelarse. No parecía existir ningún rasgo revolucionario en su naturaleza, y por otra parte, sabía exactamente lo que le diría todo el mundo. El tío Wellington, que a la joven le resultaba desagradable y despreciable a pesar de haber cumplido con la más alta aspiración de los Stirling al «casarse por dinero», le susurraría al oído ostensiblemente: «¿Aún no has pensado en casarte, querida?». Y luego estallaría en la misma risa estridente con la que invariablemente concluía sus aburridos comentarios. La tía Wellington, que provocaba un terror vergonzoso en Valancy, le hablaría del vestido nuevo de Olive y de la última y fervorosa carta de Cecil. Y para evitar ofender a la tía Wellington, Valancy tendría que parecer tan contenta e interesada como si el vestido y la carta le pertenecieran a ella misma. Hacía tiempo que Valancy había decidido que prefería ofender a Dios antes que a la tía Wellington, pues Dios podría perdonarla, pero la tía Wellington jamás lo haría.

La tía Alberta —que estaba monstruosamente obesa y tenía la amable costumbre de referirse a su marido como «él»,

como si fuera el único hombre sobre la tierra— nunca pudo olvidar que había sido una gran belleza en su juventud, y se desolaría por la piel morena de Valancy.

«No sé por qué todas las muchachas de hoy en día están tan curtidas por el sol. Cuando yo era más joven, mi piel era nacarada y sonrosada. Tenía fama de ser la jovencita más bonita de Canadá, querida».

Quizás el tío Herbert no diría nada, o tal vez comentaría jocosamente: «¡Dios mío, cómo estás engordando, Doss!», y todo el mundo se echaría a reír ante la irónica idea de la pobre Doss, pequeña y escuálida, engordando por momentos.

El seductor y solemne tío James, que a Valancy no le agradaba aunque en cierto modo le respetaba pues tenía fama de ser muy inteligente —y era, por tanto, el oráculo del clan, dado que la materia gris no abundaba en demasía en el linaje Stirling—, probablemente señalaría con ese sarcasmo de viejo búho con el que se había ganado su reputación: «Ciertamente, señorita, imagino que estarás muy ocupada con tu “cofre de la esperanza”^{*} estos días».

Y el tío Benjamin plantearía, entre risas sibilantes, algunos detestables acertijos a los que él mismo se daría respuesta.

—¿Cuál es la diferencia entre Doss y un ratón? El ratón desea degustar el queso, y Doss desea degustar un beso.

Valancy había escuchado la adivinanza unas cincuenta veces, y cada una de ellas había sentido deseos de arrojarle algo a la cabeza; pero nunca lo hizo. En primer lugar, los Stirling no se arrojaban cosas a la cabeza; y en segundo lugar, el tío Benjamin era un viejo rico y sin hijos, por lo que Valancy había sido criada en el temor a ser desheredada. Si la joven le ofendía, él podría excluirla de su testamento —suponiendo que la hubiera incluido en él—; y Valancy no quería ser descartada del testamento del tío Benjamin. Había sido pobre

^{*} Cofre utilizado por las jóvenes solteras para guardar el ajuar de la dote —prendas de vestir y ropa de la casa—, para su posterior vida matrimonial.

toda su vida y conocía la humillante amargura de la miseria, de modo que tenía que soportar sus acertijos y esbozar incluso tortuosas sonrisitas por alguno de ellos.

La tía Isabel, tan desagradable y directa como un viento del este, la criticaría de algún modo; aunque Valancy no podía aventurarse a adivinar en qué sentido, pues la tía Isabel no repetía jamás una crítica, y siempre encontraba algo novedoso con lo que aguijonearla en cada ocasión. Tía Isabel se enorgullecía de decir todo cuanto pensaba, pero no soportaba de igual modo que otras personas dijeran lo que pensaban de *ella*. Valancy, por su parte, jamás mencionó lo que *ella* pensaba.

La prima Georgiana —que recibía el nombre de su tataratata-abuela, que a su vez había sido bautizada en honor a Jorge IV*— enumeraría dolorosamente los nombres de todos los familiares y amigos que habían muerto desde el último picnic, y se preguntaría «quién de nosotros sería el siguiente en caer».

Competente hasta la opresión, la tía Mildred le hablaría sin descanso de su esposo y sus odiosos niños prodigio, pues Valancy era la única que estaba dispuesta a escucharla; y por la misma razón, la prima Gladys —en realidad la primera prima Gladys, en virtud de la regla estricta según la cual los Stirling establecían las relaciones entre los distintos miembros de la familia—, una muchacha alta y delgada que admitía ser de naturaleza delicada, le describiría minuciosamente los sufrimientos que había padecido a causa de su neuritis. Y Olive, la muchacha modelo de todo el clan Stirling —pues poseía todo aquello de lo que Valancy carecía, a saber: belleza, popularidad y amor—, luciría su belleza, presumiría de popularidad y haría alarde de su insignia del amor de diamantes, ante los deslumbrados y codiciosos ojos de Valancy.

Pero no habría nada de todo esto hoy. Y tampoco habría envases de pequeñas cucharillas. Se confiaba siempre a Valan-

* Jorge IV (1762–1830) fue rey del Reino Unido y Hannover, duque de Brunswick-Lüneburg desde el 29 de enero de 1820 hasta su muerte, el 26 de junio de 1830, duque de Bremen y príncipe de Verden entre 1820 y 1823.

cy y su prima Stickles la tarea de empaquetar las cucharillas. En una ocasión, hacía seis años, se había perdido una cucharilla de plata del ajuar de bodas de la tía Wellington y, desde entonces, Valancy nunca dejó de oír hablar de aquella cucharilla de té de plata. Su fantasma aparecía inexorable, cual Banquo*, en cada fiesta familiar que siguió a su desaparición.

Oh, sí, Valancy sabía exactamente lo que habría supuesto el día de picnic y bendijo la lluvia por salvarla de aquel martirio. No habría picnic ese año. Y si la tía Wellington no podía celebrar su sagrado aniversario, ella no tendría ninguna celebración en absoluto. ¡Gracias a los dioses por esta lluvia providencial!

Puesto que no habría picnic, Valancy decidió que si la lluvia continuaba por la tarde iría a buscar otro libro de John Foster a la biblioteca. A Valancy no se le permitía leer novelas, pero los libros de Foster no eran novelas. Eran «libros sobre naturaleza» tal como la bibliotecaria le había explicado a la señora Frederick Stirling: «todo sobre los bosques, las aves, los insectos y todo ese tipo de cosas, ya sabe». De modo que Valancy tenía permiso para leerlos, contra la voluntad de su madre, pues resultaba muy evidente que disfrutaba en demasía de su lectura. Estaba permitido, e incluso resultaba aconsejable, leer para mejorar el espíritu y la fe, pero un libro que resultara agradable podía ser peligroso. Valancy desconocía si su espíritu había mejorado, pero sentía sutilmente que si hubiera conocido los libros de John Foster hacía unos años, su vida podría haber sido muy diferente. A través de los mismos parecía atisbar un mundo en el que podía haber entrado tiempo atrás, aunque las puertas permanecerían siempre cerradas para ella ahora. Los libros de John Foster solo estaban disponibles en la biblioteca de Deerwood desde hacía un año, aunque la

* Referencia a Lord Banquo, personaje de *Macbeth* (1606), de William Shakespeare. En la obra *Macbeth* se siente amenazado por el ansia de poder de Banquo y lo asesina. El fantasma de este último regresa en una escena posterior de la obra.

bibliotecaria le había confesado a Valancy que era un escritor muy conocido desde hacía varios años.

—¿Dónde vive? —preguntó Valancy.

—Nadie lo sabe. Según sus libros parece ser canadiense, pero es imposible recabar más información sobre él. Sus editores no dicen una palabra, y es muy posible que John Foster sea solo un seudónimo. Sus libros son tan populares que vuelan de los estantes al momento, aunque, ciertamente, no puedo comprender qué pueden encontrar en ellos para enaltecerlos tanto.

—Creo que son maravillosos —dijo Valancy tímidamente.

—¡Oh! Bueno —dijo la señorita Clarkson sonriendo de una manera tan condescendiente que relegó la opinión de Valancy al olvido—. No puedo decir que me interesen mucho los insectos, pero, ciertamente, John Foster parece saberlo todo sobre ellos.

Valancy tampoco sabía si estaba demasiado interesada en los insectos. No eran los asombrosos conocimientos de John Foster sobre las criaturas salvajes y la vida de los insectos lo que la había cautivado. Apenas podía expresar lo que era; el excitante atractivo de un misterio nunca revelado; algún pequeño indicio de un gran secreto; un eco débil y fugaz de ciertas maravillas olvidadas. La magia de John Foster resultaba indefinible.

Sí, iría a buscar otro libro de John Foster. Hacía un mes desde que se había procurado *Thistle Harvest*^{*}, por lo que su madre no podía oponerse. Valancy lo había leído cuatro veces y se sabía de memoria pasajes enteros.

Finalmente pensó en ir a ver al doctor Trent para consultar el extraño dolor que sentía en la zona del corazón. Lo había sufrido muy a menudo últimamente, y las palpitaciones se habían vuelto muy molestas, por no hablar de los mareos ocasionales y una extraña falta de aliento. Pero, ¿podría ir a verle sin

^{*} *La cosecha del cardo.*

decírselo a nadie? Era un pensamiento muy atrevido. Ninguno de los miembros del clan Stirling había consultado a un médico sin someter la decisión al consejo de familia, y sin obtener la aprobación del tío James. Y *seguidamente* acudían siempre a la consulta del doctor Ambrose Marsh de Port Lawrence, que se había casado con la prima segunda Adelaide Stirling.

Pero a Valancy le disgustaba el doctor Ambrose Marsh; y por otra parte, no podía llegar a Port Lawrence —que estaba a una distancia de quince millas—, sin que alguien la llevara. No quería que nadie conociera sus problemas de corazón, pues la noticia causaría un gran revuelo y todos los miembros de su familia acudirían a visitarla con un gran número de recomendaciones y advertencias, alarmándola con historias terribles de tías y primos —que sabía de memoria por haberlas escuchado al menos unas cuarenta veces— «que tenían una dolencia similar a la tuya y se desplomaron muertos sin previo aviso, querida».


La tía Isabel recordaría que siempre había dicho que Doss parecía una muchacha con tendencia a tener problemas de corazón en el futuro —siempre tan demacrada y enfermiza—; y el tío Wellington se lo tomaría como un insulto personal, pues «los Stirling nunca habían padecido problemas de corazón». Georgiana presagiaría en susurros, aunque lo suficientemente alto para ser escuchada, que «la querida y pobrecita Doss no estará mucho tiempo en este mundo, me temo»; y la prima Gladys diría: «pero *mi* corazón ha estado igualmente enfermo durante años», en un tono que implicaría que nadie más merecía tener un corazón; y Olive... Olive simplemente luciría bella, superior y repugnantemente saludable, como queriendo decir: «¿por qué toda esta excesiva preocupación en torno a una persona tan anodina como Doss, teniéndome a *mi*?».

Valancy sintió que no debía decir nada a nadie a menos que se sintiera obligada. Estaba muy segura de no tener nada grave en el corazón y por tanto no existía necesidad alguna de todo el alboroto que se produciría si lo mencionaba; de modo que se escaparía tranquilamente a ver al doctor Trent

ese mismo día. Y en lo referido al pago de la consulta, tenía doscientos dólares que su padre había depositado en el banco para ella el día de su nacimiento, y tomaría en secreto lo suficiente para pagar al doctor Trent. Nunca había tenido permiso para utilizarlo, ni tan siquiera los intereses, pero retiraría la cantidad necesaria para costear la consulta.

El doctor Trent era un anciano médico gruñón, franco y distraído, que gozaba de reconocida reputación en el campo de las enfermedades del corazón, incluso aunque no fuera más que un médico generalista en una ciudad totalmente apartada del mundo como Deerwood. El doctor Trent tenía más de setenta años, y habían corrido rumores de que tenía la intención de retirarse pronto. Ningún miembro del clan Stirling había acudido a su consulta desde que había diagnosticado, diez años antes, que la neuritis que padecía la prima Gladys era tan solo imaginaria, y que disfrutaba sufriendo. No se debía tener consideración con el doctor que había insultado a la primera prima, por no hablar de que era presbiteriano, mientras que todos los Stirling pertenecían a la Iglesia Anglicana. Pero, entre el demonio de la traición a su clan y el intenso diluvio de consejos, charloteo y alboroto, Valancy pensó que probaría fortuna con el demonio.

II

uando la prima Stickles llamó a su puerta, Valancy supo que eran las siete y media de la mañana y que debía levantarse. Hasta donde podía recordar, la prima Stickles había llamado a su puerta todas las mañanas a las siete y media. La prima Stickles y la señora Frederick Stirling se levantaban a las siete, pero a Valancy se le permitía estar en la cama media hora más por la creencia familiar de que era frágil y delicada. Valancy se levantó, aunque le resultó más odioso que nunca levantarse aquella mañana. ¿Qué razones había para hacer tal cosa? Otro día aburrido como todos los que le habían precedido, llenos de insignificantes tareas sin sentido, sin alegría y sin interés, que no beneficiaban a persona alguna. Pero si no se levantaba en ese momento, no estaría preparada para el desayuno a las ocho en punto. La rigidez y rapidez en el tiempo dedicado a las comidas era la regla principal en casa de la señora Stirling. El desayuno a las ocho, la comida a la una y la cena a las seis y media; y así, año tras año. No se toleraba ninguna excusa para un retraso, de modo que Valancy se levantó temblando.

En el cuarto reinaba un frío insoportable, con esa frialdad severa y penetrante de una lluviosa mañana de mayo. La casa permanecería gélida durante todo el día, pues una de las reglas estrictas de la señora Frederick era que el fuego no resultaba necesario a partir del 24 de mayo. Las comidas eran preparadas y cocinadas en la pequeña estufa de aceite de la terraza posterior de la casa. Y a pesar de que algunos días de mayo podían ser todavía muy fríos —y algunos del octubre venidero, de hecho, casi glaciales—, no se encendería la chimenea hasta el 21 de octubre, y ni un minuto antes. El 21 de octubre la señora Frederick comenzaría a preparar la comida en el hornillo de la cocina, y al caer la tarde encendería un fuego en la

estufa de la sala de estar. Se murmuraba en la ciudad que podía existir un vínculo entre el hecho de que el fallecido Frederick Stirling hubiera sido víctima de un enfriamiento que más tarde le llevó a la muerte —durante el primer año de vida de Valancy—, y el hecho de que la señora Frederick no hubiera encendido el fuego a día 20 de octubre. Había procedido a encender la estufa al día siguiente, pero ya fue demasiado tarde para Frederick Stirling.

Valancy se quitó el camisón y lo colgó en el ropero. Era de un grueso algodón crudo que le tapaba hasta el cuello y tenía las mangas largas y ajustadas. A continuación se vistió una ropa interior de similar naturaleza, un vestido de algodón a cuadros marrón, gruesas medias negras y botas con suela de goma. En los últimos años se había acostumbrado a arreglarse el cabello en el reflejo de la ventana, pues se le había caído el espejo, y de este modo distinguía con menor claridad sus rasgos. Pero esa mañana levantó los estores hasta lo más alto y se miró en el lacerado espejo con la apasionada determinación de verse a sí misma tal como el mundo podía contemplarla.

El resultado fue bastante espantoso. Incluso una gran belleza hubiera encontrado cruel aquella fuerte y molesta luz lateral. Valancy vio su media melena oscura, rala y lisa, y sin brillo a pesar de que cada noche le daba cien cepilladas, ni una menos, y frotaba religiosamente sus raíces —más apagadas que nunca a la dura luz de aquella mañana de mayo— con la loción para cabellos vigorosos Redfern; también pudo percibir sus cejas negras y rectas; una nariz que siempre había encontrado demasiado pequeña incluso para su pequeña cara, pálida y triangular; una boca pequeña y apagada que se abría sobre una hilera de pequeños dientes blancos y afilados; y una delgada figura, de pecho plano, más bien por debajo de la estatura media. Por alguna razón no había heredado los pómulos altos de su familia, y sus ojos —de un color marrón oscuro, demasiado suave e impreciso para ser negro—, tenían una forma rasgada casi oriental. Con la excepción de sus ojos, no era fea ni bonita —únicamente insignificante, concluía ella amarga-

mente—. ¡Cuán simples resultaban las líneas de sus ojos y su boca con aquella luz despiadada! Nunca su escuálido y pálido rostro se había mostrado tan escuálido y tan pálido.

Valancy se peinó un moño a la Pompadour*. Los moños a la Pompadour habían pasado de moda hacía tiempo, pero cuando Valancy se había recogido el cabello por primera vez aún estaban de moda, y la tía Wellington había decretado que así debía peinarse siempre.

—Es la *única* manera de arreglarte el cabello que te sienta bien. Tu rostro es tan delgado que debes añadirle volumen con ese efecto Pompadour —había dicho la tía Wellington, que siempre manifestaba simples banalidades como si se tratara de verdades profundas y trascendentales.

A Valancy le habría gustado dejar sus cabellos sueltos sobre la frente con algunos bucles por encima de las orejas, como los llevaba Olive. Pero las órdenes de la tía Wellington le habían causado tal efecto que nunca se atrevió a cambiar de peinado. Había muchas cosas que Valancy no se atrevía a hacer.

Toda su vida había sentido miedo de algo, pensó con amargura. Desde aquellos tiempos inmemoriales en los que se había sentido tan terriblemente asustada por el gran oso negro que vivía, según le había informado la prima Stickles, en el armario bajo la escalera.

«Siempre tendré miedo, lo sé. No puedo evitarlo. No sé lo que es vivir sin sentir miedo por alguna cosa.»

Miedo de las crisis de malhumor de su madre; miedo de ofender al tío Benjamin; miedo a convertirse en el objeto de desprecio de la tía Wellington; miedo de los mordaces comentarios de la tía Isabel; miedo a la desaprobación del tío James;

* El moño *Pompadour* toma su nombre de la amante de Luis XV de Francia, Madame de Pompadour. Se caracteriza por la formación de una masa de cabello sobre la frente que se crea a partir de la extensión del flequillo hacia la parte trasera de la cabeza. Su característico estilo contribuyó a la propagación del peinado entre las mujeres de clases socio-económicas altas durante las últimas décadas del Imperio Francés en el siglo XVIII.

miedo de ofender las opiniones y los prejuicios del clan entero; miedo a no mantener las apariencias; miedo a decir lo que realmente pensaba; miedo a la pobreza en su vejez. Miedo, miedo, miedo...; nunca podría escapar de él. La había enredado y atado en su telaraña de acero. Solo en su Castillo Azul podía encontrar un alivio temporal. Pero, aquella mañana, Valancy apenas podía creer en él. Nunca lograría encontrarlo de nuevo. Veintinueve años, soltera, no deseada... ¿qué tenía ella en común con la castellana de cuento del Castillo Azul? Era preciso desterrar para siempre de su vida tan pueriles tontearías, y enfrentarse a la realidad con valentía.

Apartó la vista de su antipático espejo y miró hacia afuera. La fealdad del paisaje la golpeaba siempre como un mazo; la valla en ruinas; la antigua tienda de carruajes en la finca vecina, completamente abandonada y deslucida con coloridos carteles publicitarios; la sucia estación de tren un poco más lejos, con horribles vagabundos merodeando siempre en los alrededores, incluso a una hora tan temprana. Bajo aquella lluvia torrencial todo parecía aún más horrible que de costumbre, particularmente aquel abominable anuncio en el que podía leerse: «Mantenga su cutis de colegiala». Valancy había mantenido su cutis de colegiala; ese era precisamente su problema. No había un ápice de belleza al otro lado de la ventana; «exactamente igual que en mi vida», pensó Valancy con tristeza. Su breve amargura pasó y aceptó los hechos tan resignadamente como siempre lo había hecho. Era una de esas personas a las que la vida les pasa de lado. No había alteración alguna en este hecho.

En este estado de ánimo, Valancy bajó a desayunar.

III

El desayuno era siempre el mismo. Gachas de avena —que Valancy detestaba—, tostadas y té, y una cucharadita de mermelada. La señora Frederick pensaba que dos cucharaditas eran una extravagancia, pero a Valancy tal cosa no le importaba demasiado porque también odiaba la mermelada.

El pequeño comedor, frío y lúgubre, estaba más frío y lúgubre que de costumbre, y la lluvia caía al otro lado de la ventana. Los antepasados Stirling lanzaban miradas desde lo alto de las paredes, atrapados en horribles marcos dorados demasiado grandes para las imágenes. ¡Y a pesar de todo, la prima Stickles le deseó a Valancy un feliz cumpleaños!

—¡Siéntate derecha, Doss! —fue todo lo que su madre le dijo.

Valancy se irguió en la silla. Hablaba con su madre y la prima Stickles de las cosas que siempre hablaban. Nunca se preguntó qué pasaría si tratase de hablar de otra cosa. Lo sabía perfectamente, y por eso nunca lo hizo.

La señora Frederick estaba furiosa con la Providencia por haber enviado un día de lluvia cuando quería ir a un picnic, de modo que tomó su desayuno en un malhumorado silencio por el cual Valancy se sintió profundamente agradecida. Pero Christine Stickles se lamentó sin descanso, como era su costumbre, quejándose de todo: del tiempo, de las filtraciones de agua de la despensa, del precio de la harina de avena y la mantequilla —Valancy tuvo la sensación de que había untado demasiada mantequilla en su tostada—, de la epidemia de paperas de Deerwood...

—Doss seguro que se contagiará —predijo.

—Doss no debería ir a ningún sitio en el que pueda contagiarse de paperas —dijo la señora Frederick secamente.

Valancy nunca había tenido paperas, tos ferina, varicela o sarampión, ni ninguna otra enfermedad que debiera haber padecido, salvo unos terribles resfriados cada invierno. Los resfriados invernales de Doss eran una especie de tradición en la familia, y nada, al parecer, podía impedir que los padeciera. La señora Frederick y la prima Stickles hacían todo lo heroicamente posible por evitarlos, e incluso un invierno mantuvieron a Valancy enclaustrada en casa de noviembre a mayo, en la caldeada sala de estar, sin permitirle siquiera ir a la iglesia. No obstante, Valancy contrajo un resfriado tras otro y llegó a tener bronquitis en junio.

—Nadie de *mi* familia ha padecido algo así —dijo la señora Frederick; lo cual implicaba que tal cosa debía ser un *defecto* de los Stirling.

—Los Stirling rara vez se resfrían —replicó la prima Stickles con resentimiento.

Ella había sido una Stirling.

—Yo creo que si alguien decide *no* contraer un resfriado, *no lo hará*.

Así que ese era el problema. Todo era culpa de Valancy.

Pero esa mañana en particular el agravio que más insoportable le resultaba a Valancy era que la llamaran Doss. Lo había sufrido durante veintinueve años y, de pronto, sintió que ya no podía soportarlo más. Su nombre completo era Valancy Jane. Y aunque Valancy Jane resultaba bastante terrible, a ella le gustaba «Valancy», por su toque extraño y exótico.

A Valancy siempre le había resultado sorprendente que los Stirling hubieran consentido en bautizarla de ese modo. Le habían contado que su abuelo materno, el viejo Amos Wansbarra, había elegido personalmente ese nombre para ella. Su padre había añadido el Jane para refinarlo un poco, y todo el clan había eludido el problema apodándola «Doss». Salvo los extraños, nadie la llamaba Valancy.

—Madre, ¿le importaría llamarme Valancy a partir de ahora? —preguntó tímidamente—. Doss me parece tan... tan... No me gusta nada.

La señora Frederick miró a su hija con asombro. Llevaba unas gafas de lentes muy gruesas que le conferían a sus ojos un aspecto particularmente desagradable.

—¿Qué problema tiene «Doss»?

—Ese nombre... me parece tan infantil —titubeó Valancy.

—¡Oh! Ya veo —la señora Frederick había nacido Wansbarra, y la sonrisa Wansbarra no auguraba nada bueno—. Muy bien, pues justamente por esa razón debería encajar contigo. Ciertamente, eres demasiado infantil, mi querida niña.

—Tengo veintinueve años —exclamó la querida niña desesperada.

—Yo no lo gritaría a los cuatro vientos si estuviera en tu lugar, querida —dijo la señora Frederick—. Yo ya llevaba casada nueve años cuando cumplí veintinueve.

—Y yo me casé a los diecisiete —añadió con jactancia la prima Stickles.

Valancy les dirigió una mirada furtiva. La señora Frederick, a pesar de aquellas horribles gafas y su nariz ganchuda —que la hacía asemejarse más a un loro que un loro en sí mismo—, no tenía mal aspecto. A los veinte años debía haber sido bastante bonita. ¡Pero la prima Stickles! Y sin embargo, hubo un tiempo en el que Christine Stickles había resultado atractiva a los ojos de un hombre. Valancy sintió que la prima Stickles —con su cara ancha, plana y arrugada; un grano justo al final de su regordeta nariz; los pelos encrespados de la barbilla; el arrugado cuello amarillo; los ojos pálidos y saltones, y la boca delgada y arrugada— tenía aún esa ventaja sobre ella, y el derecho a menospreciarla. E, incluso en ese momento, la prima Stickles era necesaria para la señora Frederick. Valancy se preguntó lastimosamente cómo sería que alguien te quisiera, que alguien te necesitara. Nadie en el mundo la necesitaba, ni se lamentaría su pérdida si ella desapareciera. Era una verdadera decepción para su madre. Nadie la amaba, y nunca había tenido nada parecido a una verdadera amiga.

«Ni siquiera tengo talento para la amistad», se había reconocido a sí misma, consternada.

—Doss, no te has comido las cortezas —dijo la señora Frederick en tono de reprimenda.

Llovió toda la mañana sin interrupción, y Valancy comenzó a remendar las piezas de una colcha. Valancy odiaba remendar dichas piezas, y además no había necesidad alguna de ello, pues la casa estaba llena de colchas. Había tres grandes baúles llenos de ellas en el desván. La señora Frederick almacenaba las colchas desde que Valancy tenía diecisiete años, y continuó acumulándolas en el tiempo aunque no parecía probable que Valancy pudiera necesitarlas. Pero Valancy debía ponerse a la obra y los materiales más lujosos eran demasiado caros. La ociosidad era un pecado capital en el hogar Stirling. Cuando Valancy era una niña debía apuntar todas las noches en un cuaderno negro, pequeño y odioso, todos los minutos de ocio que había tenido durante el día. Los domingos su madre la hacía calcular el total, y le exigía que rezara por el tiempo perdido.

En aquella mañana tan especial de aquel día en el que el destino de Valancy iba a cambiar, la joven solo había disfrutado de diez minutos de ociosidad. Al menos la señora Frederick y la prima Stickles lo habrían llamado de ese modo. Valancy subió a su habitación para buscar un dedal más apropiado y abrió *Thistle Harvest* al azar, con cierto sentimiento de culpabilidad.

«Los bosques son tan humanos», escribía John Foster, «que para conocerlos, es necesario vivir en ellos. Un paseo ocasional por sus delimitados senderos no nos permitirá conocer sus interioridades. Si deseamos su amistad, debemos buscarla y ganárnosla con frecuentes y respetuosas visitas, a todas horas del día; mañana, tarde y noche; y en todas las estaciones; primavera, verano, otoño e invierno. De otro modo, nunca llegaremos a conocerlos realmente, y toda persona que pretenda lo contrario no logrará su propósito. Los bosques tienen su propia y efectiva manera de mantener a los extraños a distancia, y de cerrar su corazón a los meros turistas ocasionales. Es inútil tratar de descubrir el bosque por una razón que no sea sino el profundo amor que nos inspira, pues de

otro modo se replegará de inmediato y ocultará a nuestros ojos todos sus viejos y dulces secretos. Pero si sabe que acudimos a él porque lo amamos será muy amable con nosotros y nos regalará todos sus tesoros de belleza y placer, que no pueden comprarse ni venderse en mercado alguno. Porque el bosque, cuando se entrega, se entrega pródigamente y sin reservas hacia sus auténticos adoradores. Es preciso acudir al bosque con amor y humildad, paciencia y atención, y descubriremos la conmovedora belleza que se esconde en sus tierras salvajes y sus silenciosos claros, bajo un manto estrellado o en la puesta de sol; descubriremos, así mismo, las melodías sobrenaturales resonando sobre las ramas envejecidas de los pinos o canturreando dulcemente en los bosquecillos de abetos; y también los delicados perfumes que exhalan los musgos y los helechos en los rincones más soleados o en los arroyos más húmedos; y qué sueños, mitos y antiguas leyendas los habitan aún. Y entonces, el inmortal corazón del bosque se fusionará con el nuestro y su vida sutil penetrará a hurtadillas en nuestras venas y nos hará suyos para siempre, de modo que, sin importar a dónde vayamos, o qué lejos nos transporten los caminos de la vida, siempre regresaremos al bosque para encontrar nuestra afinidad más perdurable».

—Doss —llamó su madre desde el salón de la planta baja—. ¿Qué estás haciendo sola en tu habitación?

Valancy dejó caer el ejemplar de *Thistle Harvest* como si se tratara de unas brasas ardientes y huyó escaleras abajo hacia sus parches de tela; en cualquier caso, sintió la extraña alegría de espíritu que siempre la embargaba cuando se sumergía en alguno de los libros de John Foster. Valancy no conocía gran cosa sobre los bosques, salvo las arboledas encantadas de roble y pino que rodeaban su Castillo Azul. Pero siempre los había anhelado en secreto, y un libro de John Foster sobre los bosques era la segunda mejor opción tras los bosques mismos.

A mediodía dejó de llover, pero el sol no salió hasta las tres. Entonces Valancy dijo tímidamente que pensaba ir a la parte alta de la ciudad.

—¿Y por qué razón quieres ir a la parte alta? —preguntó su madre.

—Quiero sacar un libro de la biblioteca.

—Ya fuiste a buscar un libro a la biblioteca la semana pasada.

—No; fue hace cuatro semanas.

—¿Cuatro semanas? ¡Tonterías!

—Ciertamente, así fue, madre.

—Te equivocas. No es posible que hayan pasado más de dos semanas. No me gusta que se me contradiga; y, en cualquier caso, no veo para qué querrías sacar otro libro. Desaprovechas demasiado tiempo con la lectura.

—¿Qué valor puede tener mi tiempo? —preguntó Valancy amargamente.

—¡Doss!, no *me* hables en ese tono.

—Necesitamos té —dijo la prima Stickles—. Podría ir a buscarlo ella, si quiere dar un paseo; aunque este tiempo tan húmedo no es bueno para los resfriados.

Argumentaron sobre el asunto durante unos diez minutos más y, finalmente, la señora Frederick consintió, más bien a regañadientes, la salida de Valancy.

IV

Te has puesto las botas? —preguntó la prima Stickles cuando Valancy abandonaba la casa.

Christine Stickles nunca olvidaba hacer aquella pregunta cuando Valancy salía de casa y el tiempo en el exterior era húmedo.

—Sí.

—¿Llevas puestas tus enaguas de franela? —preguntó la señora Frederick.

—No.

—Ciertamente no te comprendo, Doss. ¿Quieres coger *nuevamente* la muerte con uno de tus resfriados? —por el tono de su voz se diría que Valancy había muerto en varias ocasiones, víctima de sus resfriados—. ¡Sube inmediatamente a tu habitación y ponte las enaguas!

—Madre, no necesito las enaguas de franela. Las de satén que llevo me abrigan lo suficiente.

—Doss, recuerda la bronquitis que padeciste hace dos años. ¡Vete y haz lo que te digo!

Valancy lo hizo, aunque nadie sabrá jamás hasta qué punto estuvo cerca de arrojar la planta del caucho* a la calle antes de salir. Detestaba aquellas enaguas de franela gris más que cualquier otra prenda de su posesión. Olive jamás se había visto obligada a llevar enaguas de franela. Olive siempre vestía ropa de seda ahuecada y de fina batista y volantes de vaporosos encajes. Pero el padre de Olive se había «casado con el dinero» y Olive jamás sufrió de bronquitis. Esa era la realidad.

—¿Estás segura de no haber dejado jabón en el agua? —preguntó la señora Frederick.

* La planta del caucho, *Ficus elastica*, o Árbol del caucho, es una especie perennifolia del género de los higos, nativa del nordeste de India (Assam) y sur de Indonesia (Sumatra y Java). Fue introducida en Europa en 1815 como planta de interior.

Pero Valancy ya se había ido. Dio la vuelta a la esquina y miró a sus espaldas la horrible, recatada y respetable calle en que vivía. La residencia de los Stirling era la más fea de la calle —se parecía más a una caja de ladrillos rojos que a cualquier otra cosa—. Demasiado alta para su extensión, parecía aún más alta por la redondeada cúpula de vidrio que coronaba su tejado. Podría decirse que respiraba la estéril y desoladora paz de una vieja casa que ha agotado su tiempo de vida.

Había una casa muy bonita, justo a la vuelta de la esquina, con marcos emplomados y dobles frontones —una casa nueva, una de esas casas de las que te enamoras a primera vista—. Clayton Markley la había hecho construir para su futura esposa. Contraería matrimonio con Jennie Lloyd en junio. La casita, se decía, estaba amueblada desde el sótano hasta el desván plenamente dispuesta para su nueva anfitriona.

«No es el hecho de que Jennie tenga un hombre lo que me provoca envidia», pensó Valancy con franqueza. Clayton Markley no entraba dentro de sus múltiples ideales. «Lo que envidio realmente es su casa. Es tan bonita y tan nueva. ¡Oh! Si tan solo pudiera tener... una casa para mí —aunque fuera pobre y pequeña—, pero ¡mi propia casa! Aunque —añadió con amargura—, es inútil aullarle a la luna cuando ni siquiera se puede tener una vela de sebo».

En el mundo de sus sueños, Valancy no imaginaba menos de un castillo de zafiros azul claro. En la realidad, se hubiera sentido satisfecha con una pequeña casa para ella sola. En esos momentos envidiaba a Jennie Lloyd más ardientemente que nunca. Jennie no era mucho más bonita que ella, ni tampoco mucho más joven. Y sin embargo, tendría una encantadora casita. Y las más hermosas tacitas de té Wedgwood* que se podían encontrar —Valancy las había visto— y una chimenea

* *Josiah Wedgwood and Sons*, comúnmente conocida como Wedgwood, es una firma de cerámica fundada en 1759 por Josiah Wedgwood, que comenzó a fabricar un tipo de cerámica con un esmalte brillante y lujoso. Esto atrajo la atención de la reina Carlota, que encargó unos servicios de té y café de color tostado de ese material. En 1765 Josiah recibió el permiso para bautizar el material como la *cerámica de la reina*.

donde vería encenderse el fuego, y lencería bordada con sus iniciales, servilletas ribeteadas y aparadores llenos de porcelana. ¿Por qué *todas* esas cosas estaban al alcance de ciertas muchachas y otras no tenían acceso a *nada*? No era justo.

Una vez más, Valancy hervía de rebelde indignación mientras caminaba. Su figura recatada, menuda y poco elegante, marchaba enfundada en su raído impermeable bajo un sombrero —que bien podría tener más de tres años— salpicado de barro de vez en cuando por algún coche que pasaba con sus insultantes petardeos.

Los coches eran todavía una novedad en Deerwood, aunque eran algo habitual en Port Lawrence, y la mayor parte de los turistas, allá en Muskoka, disponían de uno. En Deerwood solo algunos miembros de la alta sociedad lo poseían; porque también en Deerwood las personas se clasificaban en categorías. Entre ellas, la gente elegante, los intelectuales, las rancias familias —a la cual pertenecían los Stirling—, la gente común y algunos parias. Ni uno solo de los miembros del clan Stirling había condescendido a comprarse un coche, a pesar de que Olive había hostigado a su padre para que adquiriese uno. Valancy nunca se había subido a un automóvil, pero tampoco anhelaba tal cosa. Lo cierto es que más bien le asustaban, especialmente por la noche. Se asemejaban demasiado a enormes bestias ronroneantes que podían volcar y aplastarle a uno... o hacer alguna salvaje y terrible cabriola. Por los escarpados senderos que circundaban su Castillo Azul, solo los alegres corceles —enjaezados con orgullo— tenían derecho a pasearse; pero en la vida real, Valancy se habría sentido muy feliz de conducir una calesa detrás de un buen caballo. No obstante, ella solo tenía la oportunidad de pasear en calesa cuando alguno de sus tíos o sus primos recordaban «ofrecerle esa oportunidad», como cuando se le da un hueso a un perro.